

AMÉRICO ALBERTO GONZÁLEZ VILLAR

20 de octubre de 1976

En un cable diplomático de la Cancillería Argentina, el coronel Carlos Tepedino respondió un pedido realizado por el gobierno de España, que requería información sobre el paradero de ciudadanos españoles o sus descendientes detenidos desaparecidos. La respuesta brindada en ese documento desclasificado manifestaba que: *“El ciudadano González Villar, Américo Alberto, con último domicilio registrado en calle 3 N°162 de La Plata, estudiante de ingeniería, está ausente desde el 20 de octubre de 1976 y que su padre presentó el 5 de enero de 1977 un Hábeas Corpus en el Juzgado en lo Penal de La Plata, reiterado el 8 de julio de 1982”*, culminando la escueta esquelita con un cínico comentario burocrático, *“... que no habiendo más información al respecto queda a disposición del requirente”*.

Se estima al día de hoy que aproximadamente 700 ciudadanos españoles o sus descendientes fueron desaparecidos o asesinados durante la última dictadura. La desaparición de Alberto, nieto de inmigrantes, está incluida en el reclamo realizado por el Estado español sobre las víctimas del terrorismo de Estado en Argentina, llevado adelante en el juicio contra los ex militares de la ESMA: Adolfo Scilingo y Ricardo Cavallo.

Alberto nació el sábado 25 de octubre de 1947 en Berisso y militaba en la Juventud Universitaria Peronista, trabajó hasta el 30 de abril de 1972 en el Ministerio de Obras

Públicas de la Provincia de Buenos Aires, con el cargo de Oficial Contable en la Delegación de Energía de ese organismo, considerado en aquellos años como el “Ministerio Rojo” por parte de los militares. Sus trabajadores padecieron un ensañamiento brutal. Hubo más de 30 detenidos desaparecidos en esa dependencia.

El martes 20 de octubre de 1976, el timbre del teléfono rompió el silencio hogareño. Teresita levantó el tubo, preguntó rutinariamente quién es sin pensar que el mensaje de esa voz anónima, informando que su hermano había sido secuestrado cerca del mediodía en las inmediaciones de Plaza Constitución, cambiaría para siempre la vida de la familia. Nunca se supo de él, ni hay testimonios de su paso por algún centro clandestino de detención. Casado con María Adriana Casajús, la *China*, estudiante de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, detenida desaparecida en Mar del Plata el 1 de noviembre de 1977.

La hija de ambos, María Ana González Villar, en un reportaje realizado por Mario Giorgi para el programa *Perfiles* de la Universidad Nacional de Avellaneda, explicó “... *mi familia era bastante conservadora, mis padres se conocieron en otros ámbitos, ella estudiaba Historia y trabajaba como no docente en la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Exactas, hoy la Biblioteca lleva su nombre: Adriana Casajús. En el 76 secuestran a mi papá y me quedo con mi mamá, íbamos escapando y cada vez éramos menos, en 1977 nos vamos a Mar del Plata, se encuentra con amigos de La Plata y de la zona, que militaban en el PCML (Partido Comunista Marxista Leninista)*”.

Ana milita en H.I.J.O.S y rememoraba los comienzos de esa militancia en un relato que denominó *Rompecabezas*, en el que escribió: “... *un día, hace 25 años, a pesar de las resistencias, me encontré con otros y otras hermanos y hermanas (así nos decimos) que habían pasado por lo mismo y sus relatos se mezclaron con el mío (...) las anécdotas que voy recordando están divididas por el tiempo en que viví con mis papás y el día en que mis abuelos me llevaron a vivir con ellos. La división pertenece a dos mundos de existencia paralela que se vivían en el país, el de ‘la clandestinidad’ y el de ‘la superficie’, donde mucha gente seguía*



como si nada pasara, mirando para otro lado, por supervivencia o indiferencia, esa realidad ocultaba y callaba mi otra historia”.

Del recuerdo de la vida con su mamá en la clandestinidad, Ana relataba que “... estábamos en plena dictadura, mi papá ya había desaparecido y quedábamos nosotras, atentas a cada paso que dábamos, con cada vez menos ropa, cada vez menos plata, cada vez menos compañeros y compañeras, cada vez menos lugares seguros. Cuando todo se volvió peligro, ella le pidió a mis abuelas que me fueran a buscar. Cuando nos fuimos con mi abuela, el colectivo se alejaba y me quedé mirando la imagen de mi mamá hasta el último momento. Mi abuela dice que no, que yo estaba muy contenta de irme con ellos y que me dormí enseguida. Mi mamá me dejó con mis abuelos prometiéndome que iba a volver y me quedé esperando que su promesa se cumpla. Me quedan todavía rastros de la ansiedad que me provocaba el sonido del teléfono o el timbre. Aparece entonces una fecha, mi primer cumpleaños con mis abuelos, todos esperábamos una noticia, había pasado un tiempo que no llamaba, llamaría para mi cumpleaños, que paradójicamente también era el de ella, sin embargo no llamó, mi abuela escribió un telegrama que decía: ‘Feliz cumpleaños. Mamá’, y lo pasó por debajo de la puerta, hizo como que lo descubría y yo hice como que le creía”. Ana decía de Alberto: “... de mi papá la imagen más clara que tengo es en Rada Tilly, provincia de Chubut, ordenaba y cantaba una canción de Alberto Cortéz ‘Cuando un amigo se va, deja un espacio vacío’, parece premonitorio, pero lejos de eso, la cantaba porque estaba contento, una de las pocas veces que lo recuerdo así”.

Del momento de la separación definitiva de su mamá, Ana expresó: “La mayoría de los recuerdos que conservo son después de que nos separaron: de la espera, la ansiedad, el ahogo de las preguntas que no me animaba a hacer, la furia por las respuestas que no me podían dar. Es difícil crecer cuando lo primero que aprendés a amar en la vida es arrebatado de forma tan violenta, lo fue más porque eran tiempos de silencio e impunidad que avalaban el horror. Por momentos he sentido que mi infancia se fue con ellos y por otros he regresado a ese instante de desolación que deja la orfandad. Ninguno de esos estados ha tenido edad y a veces aparecen”.

En agosto del 2018, en el marco del primer juicio por la Subzona 15 de Mar del Plata, ciudad donde desapareció su mamá, Ana declaró “... toda mi vida fui pasando por diferentes estados al principio extrañaba, que se había olvidado de mí, que estaba loca o que me hubiera abandonado, al final tuve que decidir yo que había muerto, todavía no sé dónde están sus restos. En el juicio pude leer un fragmento de la única carta que mi mamá llegó a enviarme. Ahí dice que me extrañaba mucho y que estaba haciendo todo lo posible para estar conmigo”. Gloria León, abogada querellante en el juicio, mencionó que “Ana dijo que le parecía poquito lo que estaba contando, y ahí fue que el juez nos preguntó a las querellas si queríamos pedir la palabra, entonces levanté la mano y le pregunté si de chiquita tenía algún apodo, me respondió negativamente”. Ana continuaba sentada, después de la pregunta hizo un silencio y agregó “... si bueno, me decían Anita”. Entonces la abogada repreguntó si iba acompañado de algo más “... bueno, sí, me decían ‘Anita Papafrita’ porque me gustaban mucho las papas fritas”. Gloria repitió en voz baja el apodo Anita Papafrita, “... en ese momento me llevé las manos a la cara, traté de contenerme pero no pude, me puse a llorar y salí de la sala, yo había cuidado de Anita cuando su mamá estaba escondida. Lo que no sabía era que Ana, la que estaba sentada declarando tantos años después, era la nena que había llevado a pasear y tantas veces le agarré fuerte las manos”. El juicio concluyó el 17 de abril de 2020 con la

condena de 28 imputados a prisión perpetua por crímenes cometidos contra 272 víctimas por privaciones ilegítimas de libertad, torturas en cautiverio y homicidios.

Ana residía en Villa La Angostura y le tocó atravesar la experiencia de la erupción del volcán Puyehue: “... el 3 de junio del 2011 nos juntamos con unos amigos y amigas a comer y el 4 a la tarde teníamos una reunión política, se acercaban las elecciones. La vida hasta ese momento se desarrollaba normal, cuando estábamos en el lugar, viene un compañero anunciando que había hecho erupción el volcán Puyehue, ni bien lo dijo empezó a llover del cielo piedras. Volviendo a casa había colas en las estaciones de servicio y no quedaba agua en el supermercado. Todo en una hora. Nos fuimos a dormir sin saber la gravedad de la situación. A la mañana siguiente el pueblo despertó tapado de arena. Después la zozobra, adaptarse a esa nueva vida, la mayoría del tiempo sin luz, ni solar ni eléctrica. Claro, obvio que no es comparable esto como cuando en el medio se juega la vida. Acá se jugaba el modo de vida que hasta el momento habíamos tenido. Recuerdo la incertidumbre, en un primer momento era hasta cuándo el volcán seguiría enfurecido. Hasta hubo temor de que hubiera un terremoto y mucha gente entró en pánico. Luego ese temor se trasladó a lo económico, un pueblo paralizado, los aviones no llegaban por las cenizas y la industria que lo sostenía era el turismo. También estaba la preocupación, por algo que hoy hasta me parece superficial, cuándo el volcán dejaría de largar cenizas, cuándo nos permitiría ver el sol, las flores, los lagos limpios, volver a caminar o poder abrir las ventanas que permanecían cerradas para no llenarnos de cenizas. Hace dos semanas, (marzo del año 2020 previo a la pandemia COVID), me encontraba haciendo planes para el 24 de marzo, las charlas, las presentaciones, la marcha. Nos habíamos llenado de reuniones y propuestas. En pocos días toda nuestra vida se puso en pausa. Fuimos dejando de a poco la idea de juntarse y ahora, aislados en nuestras casas, acomodándonos a una vida cotidiana diferente, nos encuentra encerrados pensando cómo mantener la memoria. Pensé entonces en estos dos hechos de mi vida, donde todo se suspende, donde el terror amenaza, donde la vida te pone a prueba y todo tiene que adquirir nuevas formas de cotidianidad. A la distancia puedo ver que lo del volcán fue lo más sencillo, la vida no fue la misma por un tiempo, pero la arena se limpió, las flores volvieron a crecer, las cenizas de a poco dejaron de caer y el cielo se dejó ver limpio como lo habíamos conocido. Mucha gente se fue del pueblo durante esa época, pero después mucha más gente eligió ese lugar para ir a vivir, a pesar de que la naturaleza muchas veces no avisa, y nada garantiza que no pueda volver a pasar. No se piensa en eso, se elige y se disfruta. Después de la dictadura, en cambio, mi vida no fue la misma. Salí de la clandestinidad a vivir en la casa de mis abuelos. Me crié sin mi papá y sin mi mamá. Durante años estuve tratando de entender lo que nadie decía”.

En cada cumpleaños de su papá, Ana lo trae al presente “...el 25 de octubre cumplía años mi papá. Parece mentira pero me costó mucho recordar su cumpleaños. En una foto familiar yo estoy en sus brazos. No tengo otra con él así. Desapareció el 20 y cumplía el 25. En un tiempo creí que había desaparecido el 25 y cumplía el 30. Me lo aclaró mi tía hace poco. Me puso incómoda esa confusión que a veces tengo con las fechas, el año de nacimiento, la edad. Lo recuerdo reconstruido con los relatos de quienes lo conocieron y lo supieron querer y admirar. Anécdotas que incluyen la risa de quienes me la relatan, porque su humor incluía bromas y desmesuras. De su compañerismo y la convicción política que nunca abandonaría. Después pensé que tampoco suelo especular con pensamientos tales como ‘qué hubiese pasado si los milicos lo hubiesen dejado vivir’. Pero tengo que reconocer que cada vez que debo analizar

algo políticamente, automáticamente me remito a imaginar qué diría él. Este proceso doloroso pero necesario me llevó a encontrarme con otros y con otras que vivieron lo mismo. De las Madres y las Abuelas aprendí a no bajar los brazos. De nuestros compañeros y compañeras muertos y desaparecidos el anhelo de un mundo más justo. Yo tuve un papá que soñó con la revolución y que nos dejó una huella y un camino que nunca se transita en soledad ni conoce de imposibles”.